

capaces de entusiasmarse por su nacionalidad con un papantismo realmente alarmante. Si la película es francesa y, además, plantea algún problema importante, los alaridos de entusiasmo llegan hasta nosotros. Es el caso de esta película donde, además de la condición francesa de su realizador, se une la "denuncia" de la situación por la que atravesaron los judíos en la Francia ocupada. No importa que esa "denuncia" se establezca por el sentimentalismo, por la blandura de unos niños nada representativos ni interesantes, por la ausencia de datos que realmente configuren la historia como una aportación a algo ya conocido y trillado hasta la saciedad. (No hay más que acercarse a un festival extranjero —el último de Berlín, por ejemplo— para contar por bloques las películas sobre la situación de los judíos en la segunda guerra mundial). La moda se crea también por los sanos dividendos de la taquilla y no hay por qué sorprenderse del oportunismo de muchos de esos directores o productores por no dejar escapar la ocasión de su enriquecimiento.

No sé si esto último corresponde a "Una bolsa de canicas", pero sí es cierto que, separándola del juicio a sus "intenciones", nos encontramos con una película cien veces vista, sin emoción ni coraje, llena de tópicos y banalidades por muy auténtica que sea la anécdota

"Una bolsa de canicas", de Jacques Doillon.



que narra. Jacques Doillon fue premiado en el último Festival de Cannes por su película "La drôlesse", a la que no añadió demasiados nuevos valores, según se puede comprobar ahora viendo esta obra suya anterior. Bondadoso y blando, no hay por qué meterse con él. Sólo que, de vez en cuando, a uno le da el arrebato por exigir un poco más de imaginación. El cine es caro y hace calor. ■ D. G.

DISCOS

La leyenda de Emilio Cao

La prolífica serie Guimbarde —que cumple estos días su primer año de existencia— acaba de editar el que, posiblemente, sea su mejor disco de artista español, en toda la ya amplia colección. Y uno de los más sobresalientes de todo el catálogo general donde, no lo olvidemos, se ha publicado algo del folk-rock británico más histórico (Pentangle, Dave Swarbrick, John Renbourn), así como una atractiva representación de la "música de las nacionalidades", entendiendo por tal la expresividad popular, tradicional o contemporánea, de numerosas comunidades: Bretaña, Occitania, Galicia, Portugal, Italia, Puerto Rico e, incluso, los Balcanes, el Pakistán o la Luisiana estadounidense.

Ahora el segundo Lp de Emilio Cao (1), "La leyenda de la piedra del destino", marca seguramente un hito, no solamente en la evolución de la entusiasta y cuidada serie, sino también, en el momento actual de la música gallega, tan necesitada, como toda la española por demás, de salir del "impasse" del "pos-franquismo", entendido como categoría estilística. En efecto, este es un trabajo donde —como ya hacía presagiar e intuir su álbum inicial— Emilio Cao realiza la síntesis casi perfecta entre folklore y música contemporánea, guardando al mismo tiempo lo que es más valioso de su experimento: una personalidad genuina y deslumbrante, que remite a lo gallego inmedia-

(1) C. F. E.—Sello Guimbarde GS-1107.

Cultura a la contra

¿Decadencia de Occidente?

¡Por favor! Entre milenaristas, reformadores sociales aquejados de insoportable y agudísima miopía, revolucionarios que han perdido la posibilidad de una revolución, derechistas que no osan decir su nombre y otros apocalípticos, nos están contando una historia para niños tontos, a saber: que nuestro mundo se acaba, que la civilización que conocíamos se hunde irremediablemente. Y la culpa de esta destrucción —tan alarmante, al parecer; aunque a mí y a otros nos parezca bastante deseable el que todo esté aburridísimo horror que sufrimos se vaya al cuerno— la tienen: a) los jeques y ayatollahs que cierran las llaves de su petróleo; b) los jóvenes —de doce años, incluso, nos dice la voz mentirosa y loca de la TVE— que se drogan y organizan bacanales a la salida del colegio, con pegamento de cromos; c) las famosas "contradicciones del sistema capitalista"; d) la imposibilidad de la revolución, que podría cambiarlo todo para que nada cambiase. El caso es que todos los hombres serios, de la derecha salvaje o de la civilizada —porque ya no hay izquierdas, y todo es una cuestión de buenos o malos modales—, están de acuerdo en que esto se acaba; o sea, en que se les va a acabar el chollo y se van a tener que buscar otro empleo, en un mundo incomodísimo, sin ascensores ni agua caliente, donde a lo mejor domina ya la Bestia 666, la del Apocalipsis.

Casi resulta ingenuo decir que todo esto es mentira; y que es lástima que lo sea, porque a lo mejor un mundo en crisis resultaba mucho más divertido, y nos daría la oportunidad de cometer algunas atrocidades antes de acabar. Como los pobres pestíferos de "Nosferatu" —del nuevo, del de Herzog, digo— podríamos montarnos un buen banquete final antes de morir. Pero no: lo que llamamos "Occidente", con un despiste geográfico impresionante, no decae para nada. Lo que ocurre es que el sistema en que Occidente vive falla un poquito, tiene sus grietas, y hay que remendarlas, taponarlas; nada que un buen fontanero —no un nuevo Hitler, claro, verdadero chapucero de la Historia; pero sí un socialista "de rostro humano", o un centrista de camisa muy bien planchada— no pueda arreglar en un periquete.

Lo que sí está en decadencia es el material humano, es decir, somos cada vez más manejados, y nos va cada vez peor. Y es normal: los valores éticos y aun estéticos por los que nos guiábamos resulta que ya no valen. Pero si valen las prohibiciones, y nos resulta imposible movernos en libertad, o de acuerdo con una nueva escala de valores; porque los señores o el aparato que impondría esa nueva escala, todavía no tiene claro lo que va a hacer, y nos deja en la duda, en la imposibilidad de movernos en cualquier sentido. Y no es que nosotros —al decir "nosotros" me refiero a una clase de seres humanos, joviales y bien intencionados, que todavía no se han tragado del todo el cuento de que esto se va al garete, y que nuestra obligación es hundirnos con un barco del que ni siquiera somos capitanes, sino más bien pinches de cocina— no sepamos qué nos gustaría hacer; es que no nos dejan. Es que en este mundo que se hunde sigue funcionando un aparato represivo perfecto, con sus policías, sus jueces, sus Dioses y sus Diablos. Ni siquiera enamorarnos podemos, no sea que ofendamos a una moral que ya no está vigente. El superego de Freud no ha sido destronado, y sigue dictando las mismas leyes, ya anticuadas y sin sentido.

Occidente, digan lo que digan, no decae: se afianza, busca un nuevo jueguito para seguir manteniéndose. No hay orgías ni bacanales, y el problema de la droga —ese fantasma sin rostro— no es tan alarmante; al menos, no lo es más que hace unos siglos, cuando la droga oficial y más extendida era el Cariñena. El sexo, ese Eros al que el cristianismo volvió perverso, la socialdemocracia imperante en el mundo entero lo está matando de aburrimiento. Y ya nos darán petróleo. O cualquier otra fuente de energía, para mover los robots sin seso ni sexo en que nos están convirtiendo. ■